

Ac. Esp.

II-149

ORACIÓN A LA PALABRA

DISCURSO

LEIDO ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL DÍA 10 DE ENERO DE 1946

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR. D. LUIS MARTÍNEZ KLEISER

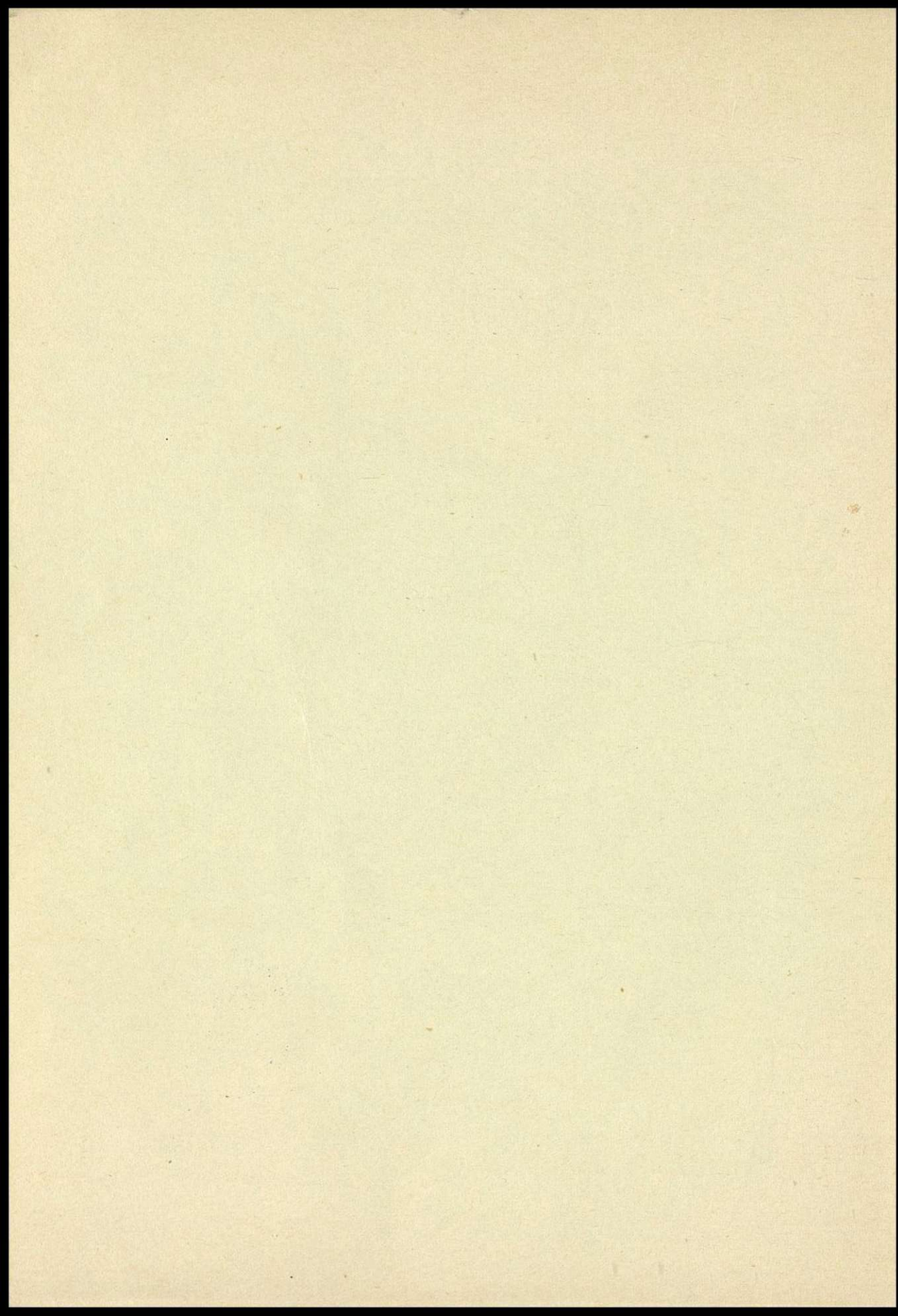
Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. D. ARMANDO COTARELO VALLEDOR



MADRID

1945



R.41084

ORACIÓN A LA PALABRA

DISCURSO

LEÍDO ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL DÍA 10 DE ENERO DE 1946

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR. D. LUIS MARTÍNEZ KLEISER

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. D. ARMANDO COTARELO VALLEDOR



MADRID

1945



ORACION A LA PALABRA

DISCURSO

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

1910

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. LUIS MARTÍNEZ KLEISER

DISCORSO

DEL

EXCMO. SR. D. JUIS MARTINES KLEBER

SEÑORES ACADÉMICOS:

Quien ingresa en el Templo, Casa de Dios, debe cuidar de que su espíritu atesore fe arraigada y profunda en la inteligencia, reconocimiento de su miseria en la memoria y propósito de enmienda en la voluntad. Podrá permanecer en pie su cuerpo; pero habrá de humillar su alma hasta ponerla, si me permitís la frase, de rodillas. Podrá tener inmóviles los labios; pero habrá de recitar una plegaria su corazón.

Yo, al ingresar, por méritos de vuestra benevolencia que no por título de mis méritos, en la Real Academia Española, templo del idioma y alcázar de la sabiduría, traigo también ante vosotros fe de místico enamorado en las hermosuras de nuestra lengua, propósito de perseverancia en la labor, para hacerme cada vez menos indigno de la merced que me otorgáis, y humildad hondamente sentida para recordar siempre que el honor de un puesto a vuestro lado no equivale a la prerrogativa de un puesto a vuestra altura.

Y no falta tampoco, ni en mis labios ni en mi espíritu, la oración, que será, como corresponde al lugar y al acto, una oración a la Palabra, si Dios me concede palabra bastante para formular mi oración. Oración, de todos modos, pobre, modesta y sencilla, al tenor de la pobreza, modestia y sencillez de quien la pronuncia. Oración en cuyo recitado habré de parecerme al campesino ingenuo que, sin luces ni

ciencias, sólo acertaba a decir cuando entraba en la ermita de su pueblo: “Señor, aquí está Juan.”

Aún se destaca más la pobreza de mis merecimientos, cuando se sabe que por la silla R, cuyo asiento vengo llamado a ocupar, pasó hace un siglo la personalidad eminente de Donoso Cortés, y en días inmediatos a los nuestros, políticos y literatos de tan destacada valía como D. José Canalejas y Méndez, el Marqués de Cerralbo y el Conde de las Navas.

Sucesor de los anteriormente mencionados e inmediato predecesor mío fué D. Enrique Díez Canedo, poeta y crítico cuya bien ganada nombradía le abrió las puertas de esta Real Academia en 1.º de diciembre de 1935. Recuerdo aún el cálido aplauso con que fueron recibidos sus primeros versos; no es posible olvidar tampoco la fama que, sillar sobre sillar o artículo sobre artículo, levantó después con sus críticas literarias.

Entre 1906 y 1910, nos había ofrecido cuatro primorosos volúmenes de poesías: *Las horas*, *La visita del sol*, *La sombra del ensueño* e *Imágenes*, que cautivaron sucesivamente los espíritus de gusto selecto. Porque fué poeta que, aunque no quiso establecer aduanas en las fronteras del modernismo, se negó a la vez a ser puerto franco para los excesos de la preceptiva naciente, y así supo parecernos el acertado ecléctico que sumó laureles sin recibir desalabanzas.

Andando el tiempo, su afición insaciable de lecturas, su bien cimentada erudición, su claridad de juicio y su serenidad estimativa, gozosa en el elogio y parca en la censura, atrajeron, hacia su labor concienzuda y mesurada de crítico, un cortejo de admiradores que colocó sus obras *Sala de retratos*, *Conversaciones literarias* y *Los dioses del Prado* so-

bre aquellas otras rimadas de sus hervores juveniles, como pináculo de la florida producción con que había enriquecido nuestras letras.

Su discurso de ingreso en esta docta Corporación fué un meritísimo estudio de la *Unidad y diversidad de las letras hispánicas*, en el que proyectan la claridad de sus luces figuras de tan firme predicamento como los mejicanos Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz, el venezolano Andrés Bello, el nicaragüense Rubén Darío, la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, el peruano Garcilaso *el Inca* y aquel uruguayo más que gallego, José Alonso y Trelles, que se hizo llamar El Viejo Pancho, y que si no fué tan genial de inspiración, fué al menos muy parejo en sus composiciones a nuestro imperecedero Gabriel y Galán.

Una deliciosa poesía de Díez-Canedo, en la que habla de las letras al niño que aprende a leer, termina con esta estrofa:

Ya sabrás, ya sabrás, cuando la vida
te lleve por sus áridos caminos,
que unas letras —AMOR— lo dicen todo,
que todo para en unas letras —MUERTE—.

Hablaba él de las letras; yo me propuse hoy hablar de la Palabra y de las palabras, y éstas dos que supo evocar Díez-Canedo ante las imaginaciones infantiles con tan exquisito arte, como columnas exentas que sostienen el pórtico del idioma, me invitan a entrar de lleno en el jugoso tema de mi mal hilvanado discurso.

La Palabra es la Imagen mayor, en este templo del Idioma.

Vosotros, sacerdotes de su culto, a cuyo servicio me ordenáis, hacéis arder ante sus altares las lámparas de vues-

tra devoción, quemáis el incienso de vuestra perseverancia y practicáis el rito dispuesto por vuestra cultura. El río impetuoso del habla popular abre el surco. Vosotros trazáis el cauce y levantáis los diques necesarios para evitar desbordamientos; ponéis filtro al caudal para librarle de impurezas; torcéis su curso, cuando corre infecundo y estéril. Es joya la Palabra, y a vosotros toca ser sus artífices, sus orfebres, sus engarzadores y hasta sus estuchistas, de tal modo que talláis sus formas y sus facetas, cinceláis sus relieves, engarzáis sus perlas, pulís sus superficies, cuidáis de su brillo, estimáis su valor, certificáis su autenticidad y conserváis su tesoro en el Diccionario. Misión alta y magnífica la vuestra, ya que, mientras los demás viven con la Palabra en los labios, en los oídos, en los ojos o en la mente, vosotros habéis de vivir además con la Palabra en el corazón.

Todos sentimos admiración ante la Palabra; pero, después de contemplar detenidamente sus incomparables excelencias, concertamos, con el sentimiento admirativo, el de veneración profunda. Es alta y noble por su origen y por su fin. Viene de Dios a los labios del hombre en forma de Facultad y vuelve a elevarse al cielo en forma de plegaria. Es una lluvia de flores que recibimos, para ser devuelta en ramilletes de amor y de homenaje; es una cascada de luz que cae y un surtidor de súplicas que rebota; es una noria divina que nos manda cangilones vacíos para recoger en ellos toda la miel de nuestras almas. No en balde dijo Lope, por boca de Antonino en *La Devoción del rosario*:

ningún día se te olvide
pasar las rosas suaves
de esas cuentas, de esas aves,

(Jornada I.^a)

así bien llamadas porque nunca mejor parecen tener alas las palabras que cuando vuelan hacia Dios.

Pero, a pesar de su estirpe y de su destino, es humilde y acepta la condición de esclava. En todo momento, se dispone a viajar por los aires, cabalgando sobre el Clavileño de nuestras órdenes. A toda hora está en servicio, sin cansancio ni protesta. Sus aparentes rebeldías no le son imputables. Cuando una palabra no acude a nuestro llamamiento, somos nosotros quienes nos hemos olvidado de ella, y no ella la que se ha olvidado de nosotros. Y no es sólo humilde por su permanencia en el servicio, sino por su ductilidad. Siempre es sierva, pero a veces parece servil. Y es así, porque recibió de Dios la orden de obedecernos hasta contra su propia Omnipotencia. El nos la dió para bendecirle, pero con potestad sobre ella para poder emplearla en blasfemar. Encierra, por tanto, a la vez el mayor premio y el mayor castigo que pudo depararnos la grandeza del Creador: el de ser ingratos, si no merecemos ser agradecidos, y el de ser libres, cuando no sabemos hacer uso recto de nuestra libertad. Sólo un insensato sería capaz de proceder contra los designios providenciales, a la manera que pinta Lope en *El Valiente Juan de Heredia*, cuando éste dice que

el gruñir y el blasfemar
contra el mundo y contra el cielo
es el más común consuelo
que suele el que pierde hallar.

(Acto segundo.)

¿Qué hemos hecho nosotros de la Palabra? La hemos recibido sin merecerla. La conservamos mereciendo haberla perdido. Tal vez el pecado mayor del hombre sea emplearla

de modo irreverente o sacrílego, porque, así usada, recuerda la poesía al servicio de la prosa, o la rosa pisoteada en un fangal, o el copón profanado en las libaciones de una orgía; porque su manantial purísimo no debe jamás mancharse en la boca por donde mana; porque es regalo mágico, forma de la inteligencia y aleteo del corazón, que hace tangibles la idea y el sentimiento; porque es la corona de la soberanía humana sobre la Tierra.

La Palabra es al espíritu lo que la voz es a la garganta, lo que la centella es a la nube, lo que un perfume es a la flor.

Instintos, pasiones, formas y necesidades, nos colocan frecuentemente muy cerca de otros seres que nos siguen en la escala zoológica. Pero se abre un abismo entre ellos y nosotros: ¡la Palabra! No la palabra mecánica que balbucean las muñecas, triste remedo de la nuestra; no la palabra de aquellos animales que se parecen a los hombres porque hablan, ni la palabra de aquellos hombres que se parecen a esos animales porque no saben lo que dicen, sino la Palabra que no tiene cuerpo y azota, ni tiene manos y acaricia, ni tiene mente y piensa, y es perfección casi sobrenatural que pide prestados al aire su arco y a la garganta sus cuerdas para improvisar variaciones de la grandiosa sinfonía del espíritu, escrita por el Divino Compositor sobre el pentágrama de nuestras facultades.

De cuáles sean las excelencias de la Palabra habla bien a las claras la Palabra misma, en las frases hechas que a ella se refieren. La Palabra es facultad de todos los hombres y no constituye, por tanto, privilegio de ninguno en particular. Por eso, al emplearla, utilizamos o derrochamos, rebañamos o enaltecemos un tesoro común. *No se cruza la Palabra* jamás con quien no es digno del alto intercambio de

tan preciada prerrogativa. Es tan respetable que, siendo de todos, se condiciona siempre su empleo al uso de uno solo. Si queremos hablar, necesitamos el consentimiento de quienes nos rodean, y hemos de *pedir la Palabra*, formal o virtualmente, a cuantos renuncian a su ejercicio para escucharnos. Es tan augusta que, a quien hace mal uso de ella, *se le retira la Palabra*. Es de tan destacada valía que, para fortalecer un testimonio y para garantizar una promesa, *se empeña la Palabra*. Es tan representativa que se dice, de quien guarda fidelidad a lo prometido, que *mantiene su Palabra*, y que *cumple su Palabra* de quien la realiza. Es tan fidedigna que confiamos *bajo la Palabra* de los demás, y aseguramos que *no tienen Palabra* quienes faltan a sus compromisos.

LISANDRO.—.....

que la palabra en los hombres
es quintaesencia del alma ;
es piedra donde la honra
tantos quilates señala
cuantos el cumplirla tiene,
y se ve si es alta o baja ;
es la prenda más preciosa,
pues, una vez empeñada,
sólo la quita el cumplirla
o se sigue eterna infamia.
Mire el hombre, mire bien
lo que dice antes de darla,
que, dada una vez, es río
que no vuelve atrás el agua,

(Acto segundo.)

según dijo Lope en *El Hombre por su palabra*, y según añadió en *La Lealtad en la traición*:

RICARDO.—.....

Mire el noble recatado
lo que ofrece antes de darla,
que después, para guardarla,
no hay más ley que haberla dado.

(Jornada tercera.)

Cuanto guarda relación con la honradez, con la caballeridad y con la nobleza, busca su símbolo y hasta pudiéramos decir que se personifica en la Palabra.

Claro está que, al mismo tiempo, se reflejan en ella, inevitablemente, todas las disposiciones turbias y todos los hechos ruines de los hombres. Desde la *Palabra de Rey*, así llamada por su veracidad indubitable, y la *Palabra de honor*, que, al ser empeñada, entrega nuestro prestigio en prenda de nuestras afirmaciones, hasta las *buenas palabras* puestas al servicio de los malos hechos, y las *medias palabras*, llamadas a velar intenciones enteras; desde las *palabras ociosas* de quienes *gastan palabras*, y desde las *palabras necias* que, por pedir *oidos sordos*, obligaron al Fray Antolín de Lope a recomendar en *Fray Diablo y el Diablo predicador*:

tenga un discreto
paciencia cuando habla con un necio,

(Acto tercero.)

y que frecuentemente, *de palabra en palabra*, se llegan a convertir en *palabras mayores*, hasta la sobriedad de quienes *miden las palabras*, existe toda una gama, cuyas modalidades inspiraron al vulgo buena copia de frases hechas como las citadas, y refranes de tan sana y compendiosa

filosofía como aquellos que rezan, entre otros muchos: *Palabra y piedra suelta no tienen vuelta. Quien mucho habla, poco dice. Quien habla, gasta; quien calla, guarda; y La mejor palabra es siempre la que se queda por decir.*

La Palabra vive, se transforma, se multiplica y muere como el hombre. Tiene cuerpo, que es su voz articulada, y alma, que es su significación. Nace en el neologismo, como capullo que se abre, para convertirse después en flor del Idioma. Cuando las recién nacidas llegan a su adolescencia, entran en la mayor edad al ser aceptadas por vosotros. Viven mientras cumplen su fin; celebran matrimonios para engendrar nuevas voces; reconocen ascendientes y descendientes; sus generaciones sucesivas llegan a formar una genealogía etimológica; se visten con los varios trajes de sus distintas acepciones; se sazonan en el hervor del uso; fermentan con la levadura del barbarismo y adquieren sabroso regusto en la solera del tiempo. Cuando envejecen, pasan a la reserva, antesala de la muerte, que da con ellas, por fin, en el columbario de las voces anticuadas.

Estas palabras anticuadas despiertan nuestra veneración. Fueron voz viva y vibrante, continentes acaso de un gran contenido; cumplieron, tal vez, una misión elevada; nutrieron inteligencias y forjaron voluntades; movieron afectos y calmaron pasiones; trazaron el porvenir de un hombre o quizá resolvieron problemas del mundo. Cargadas de méritos y servicios, llegaron a la edad de su jubilación, y permanecieron depositadas en el registro del Diccionario entre las palabras vivas, como para ofrecerles predicación, ejemplo y enseñanza. De este modo, el Diccionario tiene modalidades de archivo y de museo, de necrópolis y de acrópolis, de registro civil y de árbol de ascendencia. En él se pueden estudiar la historia y la cronología del Lenguaje; la vida,

la sucesión y la muerte de los vocablos; las características de la época en que nació cada uno, porque su aparición es reflejo de una nueva necesidad sentida, de una nueva cosa creada, de un invento que nace, de un partido político que se inicia, de una idea que se forja o de una hipótesis desconocida que ve por primera vez la luz. La tecnología es el catálogo de la ciencia; la riqueza del léxico general, su mediocridad o su elevación son trasuntos de la sociedad que lo incuba. Un Diccionario es, pues, el índice de las artes y de los conocimientos, de las glorias y de las decadencias, de las pasiones y de las virtudes, de las carencias y de los lujos, de las convicciones y de las incredulidades, de los sentimientos y de las aspiraciones de un pueblo.

Cada palabra tiene familia y hasta fisonomía propia, y lo mismo que, a veces, tienen rasgos distintos y hasta opuestos personas del mismo tronco, y otras, desligadas de todo vínculo, se confunden y parecen gemelas, los sinónimos se nos presentan diferentes y encierran significado análogo, y los homónimos, con significados y raíces diferentes, son una réplica de los sosias.

En muchos casos, como para dar calor a su apariencia de vida espiritual, las palabras se prestan significados mutuamente o luchan unas con otras por conquistar acepciones, como luchan los Estados por ensanchar sus fronteras; y, entonces, busca cada una la precisión de un aspecto distinto que la singularice, para individualizarse entre sus sinónimas, del mismo modo que una mujer elegante y de buen tono busca la nota inconfundible que la destaque de la uniformidad impuesta por la moda. Pero también existen palabras sobrias que, lejos de acaparar acepciones, parecen orgullosas de una exclusiva y única significación, y huyen

de pluralidades representativas que debiliten su personalidad.

Y, juntamente con el espíritu que vivifica las palabras, se nos dibuja en ellas algo a modo de materia corpórea y tangible, porque las palabras se desgastan con el uso vulgar y pierden sílabas iniciales, finales o intermedias, como si el rozamiento las limase. A veces, parece que raspan con sus aristas, o que se quiebran, al chocar unos con otros los sonidos de su pronunciación estridente. Además, se diría que engruesan en el aumentativo y adelgazan en el diminutivo. Como elemento flúido, se ajustan a las formas de sus continentes en la conjugación y en la declinación; como piezas óseas, admiten las protuberancias de los prefijos y de los sufijos; como bloquécillos de piedra, se labran con esquinas o con suaves contornos, en superficies planas o en relieve, para ser arbotantes de la frase en la prosa o molduras de la rima en el verso; como materia tangible, se dejan medir por sílabas para servir de sillares en los distintos metros, y se dejan soldar en las contracciones; como cuerdas sensibles, imitan los más varios sonidos en la onomatopeya; como sustancia elástica, rebotan y producen los ecos; como metales preciosos, consienten ser cinceladas por los acentos, para responder a las exigencias de la fonética, y como metales groseros, cuando los verbos se sustantivan y los sustantivos resultantes vuelven a engendrar verbos, recuerdan el alambre, que, pasada tras pasada por orificios cada vez más angostos, en los distintos períodos de su fabricación, se alarga, pero se adelgaza también, con visible perjuicio de su fortaleza.

Toda la gama de matices de palabras puede ser, por otra parte, oral o escrita. La primera es una vibración y

la segunda es un signo. La primera pudo hacer comentar a Lope en *La Burgalesa de Lerma*, por boca de Florelo:

¿Cómo te podré decir
de la manera que habla?
Piensa cuando alguna rosa
abre el cogollo de nácar,
para beber en las hojas
las perlas de la mañana.

(Acto segundo.)

Y la segunda se impersonaliza de tal modo que no influyen para nada en ella el gracejo ni la torpeza de dicción de quien la pronuncia. La primera vuela y la segunda es sedente. Pero aquella, cuando carece de auxilios mecánicos, tiene corto radio de acción, y ésta se difunde. La palabra oral sólo busca los oídos de personas presentes, y la escrita busca también los oídos de personas ausentes o futuras. Además, cuanto se dice puede ser fruto de la improvisación, y cuanto se escribe ha de ser forzosamente meditado. En mención de ambas dijo el pueblo que *las palabras se las lleva el viento* y que *lo escrito, escrito queda*, refranes glosados por Tirso en el verso final de su comedia *Palabras y plumas* con la estrofa siguiente:

Deje palabras quien ama,
que, sin obras, todas vuelan;
porque palabras y plumas
dicen que el viento las lleva,

y tesis nuevamente sintetizada por el pueblo cuando afirma: *La Palabra es pluma y el hecho es plomo*.

La Palabra escrita, por su parte, quedó comentada en gran número de trozos literarios. Lope puso en labios de

Torrijos, personaje de *El Labrador del Tormes*, este razonado encomio:

preguntada, respondía
que era de amor un papel
la mejor artillería,
pues un día daba en él
y otro en quien lo recibía;
que la más linda razón
fácilmente se olvidaba,
y un papel, en conclusión,
cada vez que se miraba,
retrataba una pasión;

(Acto primero.)

y añadió en *El Abanillo* esta gradación que a las dos incluye:

ESTEFANÍA. ¿Qué medios se han de poner
para merecer favor?

CELIO. Mirar siempre con temor
y servir con padecer.

ESTEFANÍA. ¿No hay otro alguno?

CELIO. Escribir
si le quieren dar lugar.

ESTEFANÍA. ¿Y no quedan más?

CELIO. Hablar,
si le quisieren oír.

(Jornada primera.)

La Palabra escrita, poderosa y permanente, se vale hoy del papel como antaño se valió del pergamino y de la cera. Y por eso es el papel el llamado a personificarla. Lope hizo decir a una de las damas creadas por su fantasía, en *El Valiente Juan de Heredia*:

ANA. que nos engañan los hombres
como si fuéramos peces,
con el cebo de un papel
notado engañosamente.

(Acto segundo.)

Y por eso, es el papel editor responsable de todos los des-
afueros vertidos en él por la Palabra; y por eso se ve obli-
gado a soportar otros más negros borrones que los de la
tinta. Pedro, inspirado por Lope, nos cuenta en *El Descon-*
fiado:

El papel, cierto día
a Júpiter se quejaba
de que cada cual llegaba
a escribir lo que quería.
Que se pedían en él
siempre dineros prestados,
y que los libres y honrados
eran esclavos por él;
que sólo en un "Sepan cuantos..."
y en un "Vieren como yo..."
la libertad se perdió,
la hacienda y vida de tantos;

(Acto segundo.)

pero no fué feliz el alegato, porque, según testimonio del
citado personaje:

Júpiter, los dos espejos
vuelto en fuego cruel,
respondió: "¿Sabes, papel,
que te hicieron trapos viejos?"

(Acto segundo de la misma comedia.)

El papel, por ser arma y por ser blanco, es arma blanca

terrible, afilada y sutil como un estilete. Sus heridas, a veces incurables, pregonan el poder de la Palabra que le buscó de lengua, y, en consecuencia, contra el papel se querellan los ofendidos, volcando diatribas sobre su daga florentina, con olvido del brazo que la impulsó. Un Don Juan, creado por Lope para su comedia *Los Indicios de la culpa*, le increpa:

Lámina de bronce duro
para la imaginación;
voz sin alma, que a traición,
tiras a un pecho seguro;
mudo con lengua entendida
para pronunciar agravios;
boca arrojada sin labios,
falsamente introducida;
alevosía cubierta,
aventurado rigor,
sin disfraz para el honor
y para el crédito incierta.

(Acto tercero.)

Ambas palabras se diferencian entre sí como una orquesta de un trozo de música estampada, como un boceto de un cuadro, como un relámpago de un foco eléctrico. Por eso, la Palabra oral, máquina de la expresión, conjunto de actos motores puestos al servicio de las operaciones intelectuales y sensoriales que la preceden, no se ve abrumada por el peso de una tan grave responsabilidad como la que recae sobre la escrita; porque la primera, incorrecta generalmente por las condiciones de espontaneidad en que nace, no es, a pesar de todo, tan peligrosa para la pureza del Idioma como la segunda, reflexiva, cuidada, permanente y, a la vez, más asequible a todas las rebuscadas influencias de los snobismos, de los extranjerismos y de los naturalismos perniciosos.

Una y otra, en cuanto a sus manifestaciones públicas, corren vida de íntimo y legal maridaje, cuando no de lamentable concubinato. Se escribe muchas veces, previamente, lo que se ha de decir después. Se transporta, otras tantas, al lenguaje escrito lo que se dijo antes, y de este modo, en coyunda de mutuos servicios, ambas se completan y casi se confunden. Una siembra y otra recoge; una vuela y otra se posa; mientras la palabra oral tiende a desaparecer y a evaporarse, la escrita esculpe y perpetúa. Y, sin embargo, la Palabra más digna de perpetuidad que ha conmovido nunca los aires y los corazones, la Palabra sagrada de Jesucristo, fué siempre oral. Sólo tenemos noticia de una ocasión en la que, para defender a la mujer adúltera, escribió su Divina Mano, y entonces lo hizo en superficie tan inestable y movediza como la arena. Pero, aunque oral, era Palabra Suya, y esto bastó para que se grabara en el Universo y en los siglos.

También vibra la Palabra en el entendimiento, sin producir sonido, cuando se piensa. Y vibra en la mímica, con mucha elocuencia en ocasiones. Y aletea en las miradas que se cruzan.

Lope alude repetidamente en sus comedias a esta Palabra eléctrica, condensada, universal, apta para los mudos y los sordos, emancipada de tutela de intérpretes, exenta del acecho de la gramática; Palabra que todos saben hablar y entender, y que busca su lengua en las pupilas y su acento en los párpados. En *El Príncipe melancólico* dice un Rey:

¿Qué? ¿Gustas de darme enojos?
Desafías con los ojos
pues no puedes con la lengua.

(Jornada primera.)

Y en *El Valiente Juan de Heredia*, es Ana quien confiesa:

respondile con los ojos;
pero, como niñas tienen,
debieron hablarle mucho,
que él entendió sutilmente.
¿Cuándo niñas no dijeron
más que les preguntan siempre?

(Acto segundo.)

a cuya donosura cabe añadir aún el siguiente diálogo de
Los Embustes de Fabia:

CAMILA. Vete con Dios.
FABRICIO. Calla, loca.
CAMILA. ¿Que calle? ¡Gentil razón!
Tiene puerta el corazón
cuando le cierran la boca.
FABRICIO. ¿Podrá decir sus enojos
si aquella puerta le cierran?
CAMILA. Sí podrá, pues que le quedan
las ventanas de los ojos.

(Jornada primera.)

Además, señala Lope perfecciones a la Palabra que pudiéramos llamar *visual*: la de ser franca, en primer término. Y, en verdad, suele ser más sincera que la oral y mucho más que la escrita. Lo afirma Leandro en *La Firmeza en la desdicha*, cuando dice:

y habla quien calla y mira
y, enmudeciendo, suspira;
ya te constan mis enojos
porque son lenguas los ojos
que nunca dicen mentira.

(Acto tercero.)

La perfección de tener soberanía bastante para calmar la ira y otras pasiones, según afirma Inés en la comedia del mismo gran ingenio, *Lo que pasa en una tarde*:

que por ser soles los ojos
serenan las tempestades.

(Acto primero.)

Y la de ser la lengua más elocuente del dolor, como afirma Fabio, por mandato de Lope, en *Ello dirá*:

avisó luego a los ojos
porque tuvieran paciencia,
y ellos lloraron o hablaron
que no tienen otra lengua.

(Acto primero.)

En el entendimiento, en la mímica, en la mirada, encontramos la Palabra *in potencia*, como lo está la electricidad en la nube, el poder en la trilita, el perfume en el pomo y la música en el pentágrama. Pero es la Palabra siempre: fuerza y luz, muerte y vida, armonía y aroma, fantasía y realidad, milagro y maravilla de la Naturaleza humana, vehículo de nuestras conversaciones con Dios, con los hombres y con nosotros mismos, concierto magnífico de facultades y de potencias espirituales y materiales, unidas en ese *nexus* secreto en que, como afirma Menéndez y Pelayo, viven el pensamiento y la Palabra.

En el gran concierto de instrumentos del buen hablar, al componer la grandiosa sinfonía de la oración, se reparten sus correspondientes funciones el sustantivo fundamental y el adjetivo que le ofrece maridaje, para especificarle con la calificación o individualizarle con el epíteto; el pronom-

bre, en funciones de vicesustantivo; el verbo, que proclama la acción; la conjunción, que eslabona cadenas de frases; el adverbio, que puntualiza; la preposición, que relaciona; el artículo, que determina, y la interjección, que exclama. Entre todos forman los acordes armoniosos de las oraciones, enlazándose con justeza y precisión entre sí, como los sillares de una bóveda o como las dovelas de un arco. Si una de las piezas del maravilloso edificio del lenguaje se desplaza de su sitio, la construcción se desploma. Todas ellas tienen lugar preciso en la frase y aplicación clara y concreta en la arquitectura literaria, no siempre acertadamente cumplida cuando son improvisados los alarifes. Especialmente, para emplear el adjetivo, que precisa la silueta, la forma, el color, la valía, el tamaño, la eficacia, la belleza, la bondad y, dicho de una vez, los accidentes y las cualidades: que es el lápiz que dibuja, el pincel que pinta, el juez que califica, el perito que tasa y la sal que condimenta, toda discreción es poca. Y conviene repetirlo así, cuando vivimos días en los que tanto se apellida *estupenda* una obra de arte como una francachela corrompida, y en los que nos permitimos envilecer el lenguaje considerando *brutales* el genio, el heroísmo, las agudezas y hasta el rostro perfecto y delicado de una Venus. Acaso es el adjetivo, más que ninguna otra parte de la oración, índice precioso que señala el grado de cultura de quien lo emplea, y es además, sin duda, pedrería polícroma que ornamenta y enriquece, como cuando describe Lope en *La Corona de Hungría*:

LEONOR.
así el ganado ha crecido
que blanco, grueso y lucido

parece en la vega llana
un solo vellón de lana
sobre la hierba tendido,

(Acto segundo.)

o como cuando, seguro de la propiedad de su aplicación,
razona en *El Poder en el discreto*:

CELIO.
No sé por dónde caían
unas descompuestas trenzas,
que tal vez hay hermosura
en las cosas descompuestas.

(Acto primero.)

Pero, además, la estética del idioma es una manifestación del culto que debemos a la Palabra. El don es inestimable, y su empleo debe someterse a las leyes de la belleza, no ya sólo en cuanto a la exactitud al elegir las voces, sino también en la manera de unir las palabras para formar la trabazón de la frase. Del mismo modo que se armonizan las notas de una composición musical para formar los acordes, han de unirse las palabras, huyendo cuanto sea posible del hiato, de la cacofonía, de las asonancias y de todos los vicios que censura el buen gusto en la fonética. Y, después de sonar bien, las oraciones han de tener clara y precisa significación. De poco serviría decir de modo perfecto si no se dijese nada o no fuese comprensible lo que se ha dicho. Es canon primordial huir del defecto, hoy por fortuna menos corriente que antaño, definido con sal ática por Lope cuando Andrés comenta, en *Amar, servir y esperar*, la vacuidad de tal lenguaje con estas palabras:

es linda cosa el rüido
aunque no se diga nada.
Esta lengua disparada
que tan dilatada ha sido,
tabaco de ingenios es
que los hace estornudar :
toman humo para hablar
y es todo viento después ;

(Acto tercero.)

y satirizado, en *Amistad y obligación*, por el mismo gran ingenio, al correr del siguiente diálogo :

LOPE. ¿ Sois vulgar o culterano ?

SEVERO. Culto soy.

LOPE. Quedaos en casa,
y escribiréis mis secretos.

SEVERO. ¿ Tus secretos por qué causa ?

LOPE. Porque nadie los entienda.

(Acto tercero.)

Huir de todos estos defectos en la complicada elaboración del lenguaje, no sólo es ciencia estética, sino también arte innato, cuyo secreto no se aprende en los libros.

La ciencia recoge las enseñanzas de la experiencia y del estudio, pero el genio creador las aplica de un modo intuitivo. Y así, en este arte primoroso del buen decir, como en tantos otros no menos bellos, se da frecuentemente el caso de que quienes conocen las reglas tropiezan con dificultades, a veces insuperables, al aplicarlas ; en tanto que los autodidactos son maestros en su observancia sin haberlas aprendido.

Igual sucede con las figuras retóricas, formas descriptivas, a veces contrapuestas, que pueden constituir graves

defectos o aciertos inestimables, porque la oportunidad y la galanura de su empleo corren a cargo de la inspiración y son líneas mágicas del diseño expresivo, regido por la espontaneidad de la fantasía. La regla es también aquí aprendiz, y el gran escritor maestro espontáneo que, al articular oraciones, trazó modelos de los que nacieron las normas y las formas de las figuras de dicción.

Por eso, se igualan en elegancia pictórica cuando está bien elegido su ministerio. El *polisíndeton*, que repite las conjunciones con vigor, y el *asíndeton*, que las suprime con sobriedad; el estilo flúido que corre sin tropiezo y ese otro que se remansa en cada oración, para reanudar de nuevo su camino empezando por la misma palabra, como esos arroyuelos que repiten periódicamente sus saltos y corcobas, son formas distintas de belleza, como lo son el meandro y el torrente, y tomaron nombres retóricos después de creados por el estilista, en todas sus gradaciones diversas, desde la *repetición* hasta la *epanadiplosis*. Por otra parte, esos juegos ágiles de palabras, que parecen voltear en el aire con desenvoltura de acróbatas en el *retruécano*; esa *similicadencia* que vierte los verbos en cascada, y ese *tropo* en sus varios aspectos, desde los *alegóricos* hasta los denominados *sinécdoque*, *metáfora* y *metonimia*; esas aplicaciones rebeldes de masculinos y femeninos, de diminutivos y aumentativos, llenas de indiscutible gracejo por su indisciplinada ironía y su alegre travesura juvenil, tales como el uso de los primeros para determinar dimensiones diferentes, aplicando, contra ley natural, el masculino a lo más pequeño y el femenino a lo más grande, en río y ría o huerto y huerta, y tales como la forma del aumentativo masculino, creada contra toda norma lingüística, para designar lo más reducido de volumen en relación con la voz femenina del

mismo tronco, al escalonar ratón y rata, plumón y pluma; esa cortedad ante la forma del aumentativo irrespetuoso, cuando se trata de cosas sagradas, al decir Misa mayor, en vez de reducir las dos voces a una sola, en lengua tan nutrida de vocablos que puede ofrecer, para cada uno, la significación adecuada en camisa, camiseta y camisión o en maestro, magistral y magistrado, y tan rica en gradaciones que sabe discernir entre céfiro, brisa, viento y huracán o entre pelea, escaramuza, lucha, combate, batalla y guerra; esa deliciosa coyunda del aumentativo con el diminutivo para dulcificar, ante las imaginaciones infantiles, la idea del tamaño pavoroso cuando se les habla, por ejemplo, del culebroncito; todas las jugosas modalidades citadas y muchas más, que resultaría enojoso citar aquí, son retoños nuevos del habla vieja y fastuosos decorados de su gran escenario de magia. La portentosa máquina de la literaria tramoya, inagotable y magnífica en sus mutaciones policromas y polimorfos, asombro de los observadores, caudal de los genios, venero de la belleza, cumbre de la creación, es, en fin, tan excelsa que pudo decir con acierto el inmortal Menéndez y Pelayo: “La palabra humana es resplandor débil y borroso, pero resplandor al fin de la Palabra Divina.”

Porque, además, es prodigiosa la flexibilidad espiritual de la Palabra. Señora de todos los músculos que se crearon para su servicio y sierva de todas las facultades a cuyo dominio nació sujeta, es el vaso donde vertemos el licor de nuestros pensamientos; el torrente del estro, el manantial de la idea, la vena de la cultura; el brillo de la erudición, el faro de la ciencia; el sol de la prosa, la luna de la poesía; la noche de la mentira, el día de la verdad; la lira de nuestro corazón, el vendaval de nuestras pasiones, la caricia de nuestros afectos; el trueno del enojo, la ponzoña del rencor; el



fuego del amor, la escarcha del odio; la miel del consuelo, el acíbar del desdén; la catapulta de la ira, el rayo del anatema; el dardo de la envidia, el estilete de la calumnia; el arma de repetición de la defensa, la bayoneta del ataque, la daga de la insidia; la riada de la guerra, el remanso de la paz; el dique del orden, el impulso del desbordamiento; el heraldo del propósito, la pólvora de la propaganda; la carcoma del descrédito, el pedestal del prestigio, el vuelo de la fama, el florón del triunfo, el laurel de la gloria; el motor de las voluntades, la sal de las donosuras, la pimienta de los atrevimientos, la cantárida de las represiones, la cascada de la elocuencia, la chispa de la disputa y la onda misteriosa que calma o encrespa en todo momento el éter de nuestras almas.

Ningún autor, como Lope, puede ofrecer tantos y tan varios ejemplos de la flexibilidad inagotable de la Palabra. Por eso, y por ser él también inagotable, vengo acudiendo al caudal de su obra, con exclusividad meditada, para que no sea la variedad de ingenios, sino aquella otra de las formas de dicción en boca de uno solo, quien me ayude a entonar este salmo de admiración a la facultad maravillosa que Dios quiso poner en nuestros labios. No dañan a este propósito los defectos retóricos del genial autor, confesados por su propia pluma cuando, al hablar de sus comedias, dijo en la dedicatoria de *El Desconfiado*, dirigida al maestro Alonso Sánchez: “el breve tiempo en que me ha sido forzoso escribir muchas ha sido causa de su imperfección”. No menguan tampoco la eficacia perseguida, sus licencias de poeta monstruo, que arrolla, con la violencia de su inspiración, el rompeolas de la preceptiva. Se dirá que no parece, a veces, el mejor modelo de fluidez, puesto que repite, al correr del verso, un mismo consonante, aun cuando disfrazado de

sustantivo, primero, y de participio, después, o viceversa, como en este diálogo de *El Príncipe melancólico*:

PRÍNCIPE. Fabio, ¿tráesme la comida?

FABIO. Sí, mi señor, aquí está.

PRÍNCIPE. Hubiéraslo dicho ya
y estuviera ya comida.

(Jornada tercera.)

Aún se concederá menor disculpa, posiblemente, a la misma licencia, cuando no se ampara en un distinguo entre diversas partes de la oración, como al describir Garbín en *La Esclava de su hijo*:

aquella boca de perlas,
aquellos cabellos rubios
ensartados de mil perlas.

(Jornada tercera.)

Pero estos descuidos, tan frecuentes en la literatura del Siglo de Oro, nada cuentan para juzgar en este aspecto al más fecundo de cuantos escritores conoce la Historia. Son hasta galas de su espontaneidad y pruebas de su velocidad de inspiración. Representan el torrente y no el cauce; la inundación y no el reguero. Lope carece de márgenes y de orillas; rechaza toda clase de grilletes y de cadenas, porque nació para volar, y no para limpiarse sus plumajes magníficos, mansamente posado sobre las cañas de una jaula, por dorada que sea. En sus vuelos de águila caudal, repite no sólo consonantes, sino también conceptos, enamorado de sus propias ideas. Así, dice Alejo en *El Poder en el discreto*:

apostaron cuál primero
la cola arrancar pudiese
a un caballo. El fuerte mozo
tiraba valientemente
de toda junta, y el viejo,
cerda a cerda. Ya me entiendes;

(Acto segundo.)

y reitera Lupercio en *El Desposorio encubierto*:

Que del amor dijo Apolo
que era de una vez curallo
querer quitar a un caballo
la cola de un golpe solo.
Y que, mientras sin consejo
un joven esto probó,
cerda a cerda la quitó
más presto un caduco viejo.

(Acto primero.)

Afirma Celio en *La Necedad en el discreto*:

¿No miras que son vidrio las mujeres
y que quieren llevarse con gran tiento,
y cuántos, por lavarlos, se han quebrado?

(Jornada segunda.)

y vuelve sobre igual tema e igual símil, del que nos ofrece
muchos ejemplos nuestro teatro clásico, en *Ello dirá*:

FABIO. ¿Tan vidrio son las mujeres?

TEODORO. Amor, cristalina copa,
para que se haga pedazos
cualquiera golpe le sobra.

(Acto segundo.)

Deja sentado, en *Dios hace reyes*, por boca de Enrique:

Son los reyes como el fuego,
y de ellos quiero decirte:
ni tan cerca que te abrases,
ni tan lejos que te enfríes;

(Acto segundo.)

y glosa Don Juan, en *Mudanzas de fortuna y sucesos de Don Bertrán de Aragón*:

Los príncipes, al fin, son como el fuego,
que a los que tienen lejos no calientan,
y a los que tienen cerca abrasan luego.

(Acto segundo.)

Insiste, por último, hasta tres veces en la comparación de la vida y de los hombres con el juego del ajedrez, empleada también por Juan Pérez de Moya en sus *Comparaciones o símiles*, dadas a luz en 1586, diciendo Paulo en *El Genovés liberal*:

Piezas somos de ajedrez,
y el loco mundo es la tabla;
pero en la talega juntos
peones y reyes andan;

(Acto segundo.)

y Blas, en *Los Hidalgos del aldea*:

Todos habemos de ir a la talega,
que somos piezas de ajedrez;

(Acto tercero.)

y Roberto, en *La Corona de Hungría*:

y cuando el juego se acaba,
tan bien van a la talega
las negras como las blancas.

(Acto primero.)

Todo esto es tan cierto como baladí, porque no desmiente su fecundidad inigualada y genial, gracias a cuya riqueza campea en su lenguaje la Palabra con toda su flexibilidad, su ductilidad de pastelina, su dureza de diamante, su color, su facultad de adaptación, su polivalencia, su agilidad de acepciones y su voluntad de servicio.

Así, cuando el amor le encomienda sus cuitas, se viste alas de pétalos de rosa, para volar con su preciosa carga, como recadera del espíritu.

En cumplimiento de tan alada misión, describe Laura, en *El Casamiento por Cristo*, el laberinto sentimental de un enamorado con estas palabras:

Anda el alma en pena aquí
por vos; yo lo ando por ella;
ella tras vos, yo tras ella,
vos sin ella y yo sin mí;

(Acto primero.)

y lleva Lisardo cuitas de desventuras hasta los pies de la mujer amada, en *La Esclava de su hijo*, con una delicadeza sutil que por sí sola pregoná la espiritualidad de la Palabra:

Quiero yo con humildad
y con las sencillas flores
que han cortado los pastores
en esta serenidad,

adornar estos balcones
de tu casa y de tu puerta,
a mis desdichas abierta
y cerrada a mis razones;

(Jornada primera.)

y afirma Blanca la constancia de un amor, con galanura de
contraste primorosa, en *Lo que pasa en una tarde*:

Mi solo bien, yo siempre te he querido
para honesta cadena de mi cuello;
para el sello de amor de cera he sido,
aunque de bronce en conservar el sello;

(Acto tercero.)

o la retrata, con paralelos vigorosos, Aurelio, en *Arminda
celosa*:

Reina, si viera caerse
el sol del cielo en la tierra
y el extremo de esta sierra
valle profundo volverse;
si viera secarse el mar,
si viera sin precio el oro,
fuera menos que a Teodoro
verle a tu lealtad faltar.

(Acto primero.)

Sólo ella sabe revolverse con ventaja contra la intriga, cuan-
do en la citada comedia, *Lo que pasa en una tarde*, discurre
Teodora:

La cédula te comiste
por estorbar que me case,
como si en papel topase
lo que en voluntad consiste.

No me pesa lo que has hecho
porque su firma perdí,
mas pésame porque así
quede su nombre en tu pecho;

(Acto segundo.)

o analizar con trazo seguro el alma femenina, cuando Ana propone en *El Valiente Juan de Heredia*:

no procures más venganza,
si de ella vengarte quieres,
que pedille al cielo que
permita que llegue a verse
enamorada de un hombre
que la olvide y la desprecie;

(Acto segundo.)

o burlar donosamente de la propia desdicha, con gracejo que por sí solo declara la vivacidad de su desenvoltura, cuando dicha dama nos cuenta en la misma obra:

en la ribera del Betis
me vió una tarde que acaso
la cristalina corriente
de sus aguas salí a ver.
¡Quién creyera que pudiese
resultar de ver un río
ver en mis ojos dos fuentes!

(Acto segundo.)

Sólo a la Palabra se puede confiar la expresión del arrobó, como lo hace Lope de Vega en un diálogo de *Nadie se conoce*, donde dice Celia:

aunque lo más tengo ya
de labradora y honrada,
que es estar del sol quemada
que de tus ojos me da,

y responde Lisardo:

Antes yo tu sombra soy
y te sigo desde agora,
y si soy tu sol, señora,
tú eres el cielo en que estoy.

(Acto primero.)

Es la Palabra mágica gubia para tallar modelos de amor,
porque si bien, como Lope asegura por boca de Federico, en
Ello dirá:

Amor fué el primer maestro
que la Retórica tuvo;
nunca el Universo estuvo
en hablar y en vestir diestro
hasta que amor le enseñó,

(Acto primero.)

habrá que convenir en que la Palabra fué aventajada discí-
pula del aula de Cupido.

Lo mismo habremos de decir de los requiebros. Amor y
belleza los inspiran, pero ella los poetiza y los enaltece al ex-
presarlos, de tal modo que supera con mucho a las mismas
bellezas encomiadas. Esto sucede cuando compara los encan-
tos de las humanas criaturas con aquellos que, por alguna se-
mejanza, pueden recordarlos en la Naturaleza. Sirvan de
ejemplo entre mil, porque forman copiosísimo ramillete los
requiebros en la obra de Lope, el dirigido por Alejo a una ca-
beza adorada en *El Poder en el discreto*:

Hoy pasé por su balcón
y de la suerte que suele,
por celajes de oro y nácar
salir el sol al oriente,
ví que asomó la cabeza,
y pensé que mil claveles
y azucenas me arrojaban
sus mejillas y su frente.

(Acto segundo.)

Los fundidos al calor de unas lágrimas en *Amar, servir y esperar*:

ANDRÉS.
dando lágrimas que fueron
perlas en conchas de nácar;

(Acto primero.)

y en la misma comedia:

FELICIANO. ¡Qué lágrimas, qué dolor!
pienso que, en tal desconsuelo,
no cayó perla en el suelo
que no se volviese flor;

(Acto segundo.)

y en *Guerras de amor y de honor*:

ZULEMA.
Contento estaba el cristal
de servirle de retrato,
y entristeciése de ver
sus dos estrellas llorando.

(Jornada primera.)

El inspirado por unos ojos, en *La Felisarda*:

LELIO.
No quiero hablarte en sus ojos,
no diga el cielo que es mengua
que tenga un sol siendo cielo
y que tenga dos la tierra.

(Acto primero.)

El reflejado por el nacer de unos dientes y el clavel de unos
labios, en *Ay, verdades que en amor....*:

MARTÍN.
Palabras dijo de agravios
.....
entre perlas de sus dientes
y corales de sus labios.

(Acto segundo.)

El brotado ante un rostro de Virgen, en *Dios hace reyes*:

SILVIA. Es hecho de mil pinceles,
de mil oros, de mil platas.

AMARILIS. Parece que, sobre natas,
han deshojado claveles;

(Acto segundo.)

o aquel rendido por Fabio, en *Más vale salto de mata que
ruego de hombres buenos*, a los pies de una beldad:

En vuestro rostro se cifran
la variedad de colores
que ofrece la primavera
cuando abril le pone flores.
Vuestros ojos son estrellas,



en cuyo cristal se esconden
dos niñas, que ser pudieran
dos cielos, a ser mayores.
Vuestra boca celestial
es un bien labrado cofre,
adonde guarda el amor
pedras, diamantes y flores ;

(Jornada segunda.)

y el soñado, por último, ante la totalidad de una figura, en
Amar como se ha de amar:

RUGERO.

Ayer fué el primero día
donde, sin verme, la vi
que al verde prado salía,
tan bella que presumí
que entonces amanecía.
Sentada en el verde suelo,
detuvo un manso arroyuelo
el cristal, porque pensó,
como ella en él se miró,
que se retrataba el cielo.

(Jornada primera.)

Con toda esta riqueza de matices, se convierte la Palabra en
heraldo del corazón, cuando sus ojos contemplan damas como
la que hace proclamar a Lope en *El Alcaide de Madrid:*

que se para el sol a vella
cuando por Madrid camina,

(Jornada primera.)

como aquella otra que, cuando dice Clavela en *El Abanillo:*

Hoy iremos a la mar ;
allí buscarnos podréis,

merece que conteste Don Félix:

Como sois perla, queréis
que allí os vaya a buscar;

(Jornada primera.)

como la luminosa figura de *Lo que pasa en una tarde*, que
cuando pregunta Blanca:

Señor Don Juan, ¿cuándo ha sido
la buena venida?

sugiere a Don Juan la respuesta:

Ahora,
con el alba de Teodora,
que es la luz con que he venido;

(Acto primero.)

como la soñada perfección que nos presenta Celio en *El Galán escarmentado*, cuando proclama:

Eres un bien que adoré;
una mujer que perdí;
un cielo de quien caí,
y un sol en quien me abrasé;

(Jornada tercera.)

o como la imaginada por Astolfo al decir en *El Amigo por fuerza*:

Cuando cierto no supiera
que aquí estabades, señora,
el jardín me lo dijera,
que por él parece ahora
que pasa la primavera;

(Acto primero.)

par en dotes físicas a la que hace confesar a Narcisa, en *Del monte sale*:

que no hay bien, después de veros,
sino volveros a ver;

(Acto segundo.)

y a la que pondera Feliciano, en *Amar, servir y esperar*, con la siguiente conclusión:

os fuísteis? ¿Cuándo?

.....
mas cómo a un ángel pregunto
por dónde se fué volando?

(Acto segundo.)

La Palabra encuentra donaires hasta para comentar una prosaica sangría. Tal sucede cuando pregunta Don Juan, en *Del mal lo menos*:

Pero di, ¿cómo tomaste
aquel brazo celestial?
¿Cómo aquel rojo coral
del blanco cristal sacaste?

(Acto segundo.)

Y viste de donosuras los piropos, como cuando, en *El Hame-
te de Toledo*, pregoná otro Don Juan:

Porque si vos, prenda mía,
fuérades donde ellas van,
no era noche de San Juan,
que de San Juan fuera el día.

(Acto primero.)

Dígase si, por perfectas que fuesen las hermosuras glosadas, no es infinitamente más hermosa y más fecunda la Palabra, que tan magnífica rosaleda puede tender a sus pies.

Ella sirve también de insuperable intérprete a los celos. Pese a la intrincada sutileza con que nos describe Don Diego su laberinto sentimental, en *Amor por burla*:

tanto te quiero y estimo
que, como sé que te quiero,
ofendido de mí mismo,
de mí mismo tengo celos,

(Jornada segunda.)

sabe avizorar su misteriosa hondura en un soneto de la comedia *El Ingrato arrepentido*, que Albano nos recita:

Celos, que tantas veces me habéis dado
tan ásperos y extraños desconsuelos,
que con ser de carámbanos y hielos,
me he visto entre vosotros abrasado:

Perdonadme si infierno os he llamado,
celos, hijos de amor, que ya sois cielos,
que algunos que no saben lo que es celos,
la letra que yo os doy os han quitado.

Hurtado habéis el sol de los efetos,
pues que la nieve enterneceís buscados
y endureceís la tierra conocidos.

Bien os llaman heridas los discretos,
que, en efeto, sois buenos para dados
y malos en extremo recibidos.

(Acto tercero.)

Sólo las apretadas mallas de la Palabra podrían apresar en sus redes estos matices, contrastes y emociones del sentimiento brujo, deleite y congoja de los enamorados, definidos tam-

bién por Vireno, a las órdenes de Lope, en *La Escolástica celosa*:

Son un desengaño sabio
del pensamiento dormido;
son relojes del olvido
con despertador de agravio;
son un claro amanecer
que para la tarde en agua;
son como el agua en la fragua,
que mata para encender;
son unos sabios antojos,
son un azote de sueño,
son una espía sin dueño
y una atalaya sin ojos.
Y, aunque es semejanza nueva,
es lanterna su costumbre,
que vemos mover la lumbre,
y no vemos quién la lleva.
Finalmente es un furor
de que ninguno se escapa,
y es, de noche, aquella capa
con que se disfraza amor.

(Jornada primera.)

Todos los sentimientos hieren y curan, se disimulan y se confiesan, cincelados por el maravilloso instrumento de la Palabra, y ella parece vanidosa de sí misma, cuando la inspiración acierta en su empleo. No cabe más perfecta medalla que la modelada por el genio de Lope, para retratar la ingratitud contumaz, en un diálogo entre Justa y el Niño Jesús que nos ofrece la comedia *El Casamiento por Cristo*:

Lo inicia JUSTA: Los pies os quiero besar.
Pregunta EL NIÑO: ¿A mí?
JUSTA suplica: Señor, no te alteres.
Y EL NIÑO responde: Pensaré, ingrata, que quieres
volvérme los a clavar.

(Acto tercero.)

Además, la Palabra ríe y solloza, canta y sufre, con virtud suficiente para convertir en tangible lo etéreo.

Hablando del llanto una vez más, dice Lucinda con razón, en *El Amante agradecido*:

lágrimas palabras son
con que habla el alma callando.

(Acto tercero.)

Y la Palabra es, en efecto, la que habla sin voz en ellas; pero para interpretarlas, recupera sus acentos y llora también, cuando dice Guadalajara en *La Divina vencedora*:

¡Qué tarde vine a miraros,
prendas de los ojos míos!
Pero ya no serán ojos,
que el rigor de los enojos
los han de volver en ríos.

(Jornada segunda.)

Ríos que nacen generalmente de femeninos manantiales, al tenor de la confesión sentada por Marcela en *El Genovés liberal*:

yo te juro que si fueran
las nubes, cuando agua quieres,
hechas de ojos de mujeres,
que a pocos ruegos llovieran.

(Acto segundo.)

Por esta razón, tanto como pierden las lágrimas, a veces, en sinceridad y en elocuencia, ganan en poesía, y merecen que las recite Clavela, en *La Burgalesa de Lerma*, con este comentario:

¿La mano en los ojos bellos?
mas, Leonarda, bien hacéis,
pues en nácar recogéis
las perlas que salen de ellos.

(Acto tercero.)

Si esto es así en cuanto a los sentimientos del alma, cuyas expresiones orales podrían poblar de primorosos ejemplos este discurso, ante los lienzos de la Naturaleza la Palabra es pincel inimitable.

El amanecer, al tiempo que con el primer rayo de luz hace vibrar el éter, despierta la vibración de la Palabra. En *El Alcaide de Madrid* brinda Ordóñez esta referencia del magnífico fenómeno:

a tiempo que el alba rompe
con sus manos de marfil
las cortinas de la noche.

(Jornada tercera.)

En *Antonio Roca*, evoca su belleza cuando Laura promete:

Antes que otra vez esparza
el sol la madeja de oro
sobre el peinador de plata

(Jornada segunda.)

En *El Loco por fuerza*, inicia su descripción Fulgencia cuando nos dice:

A tiempo pues que, vestida
de azucenas y de rosas,
en los hombros de la noche
puso los pies el aurora;

(Jornada tercera.)

y la completa en un magnífico soneto de *La Corona de Hungría* que recita Leonor:

Corona, ilustre luz, baña y colora
de nueva plata el horizonte ufano;
bajen tus rayos de la cumbre al llano
que ya te espera en sus alfombras Flora.

Desciende, sol, a tu querida aurora,
encrespa, enriza con dorada mano
la blanca nieve a su cabello cano,
bebe sus perlas y sus nubes dora.

Aliña el carro de oro, date priesa;
tú mismo tu presteza desafía
y por signos y estrellas atraviesa.

Báñame el alma en gozo y alegría,
pues ya la noche de mis males cesa
y de mis bienes amanece el día.

(Acto tercero.)

También titila con los astros, en una viñeta de *El Abanillo*, pletórica de fuerza y de color:

DON FÉLIX.

Acaba ya de llegar,
noche de estrellas vestida.
¿Qué te detiene? Desata,
de los hombros sobre el suelo,
aquel temeroso velo
que bordan cifras de plata.

(Jornada segunda.)

Y es un pajarillo cantor más, entre los muchos de los risueños campos, en el siguiente fragmento de *Santa Casilda*, donde cada flor es una palabra y cada palabra una flor:

CASILDA.
Miraba su hermosura,
los jardines floridos,
música de las aves
hechas arpas los picos;
las flores, los claveles,
jazmines y jacintos,
alhelies, mosquetes,
madreselvas, narcisos,
maravillas, retamas,
azahar, cárdenos lirios.

(Acto primero.)

Y se siente acuarelista en las márgenes de los arroyos, en *Acertar errando*:

AURORA.
¿No has visto correr el agua
de un arroyo despeñado,
cristales entre esmeraldas?

(Jornada segunda.)

Y contempla con arrobó, en símil feliz de *Amar, servir y esperar*, puesto en boca de Feliciano,

la procesión de los montes
que Sierra Morena llaman;

(Acto tercero.)

o se rinde, en labios de *El Valiente Juan de Heredia*, bajo las

casi inaccesibles sierras,
tan altivas, que parece
que con las toscas cabezas
de ese pavimento azul
las densidades penetran ;

(Acto tercero.)

o borda con hilos de primorosas metáforas, en *Con su pan se lo coma*, el soberano espectáculo de la nieve :

FABIO.

La nieve por los campos se dilata,
que el año labrador llama tesoro,
y las eras que vieron parvas de oro
se quejan de sufrir montes de plata ;

(Acto segundo.)

o apostrofa con Feliciano, en *Del monte sale quien el monte quema*

Un lugar,
deshonor de su horizonte
que en la nieve de este monte
parece pardo lunar ;

(Acto primero.)

o nos presenta, en fin, de una sola pincelada, un cielo de cúmulos, cuando en *El Casamiento por Cristo*, nos declara Justa :

Muchas veces mirando
las nubes me parecen
ejércitos de ovejas
que, en campaña celeste,
os llegan a buscar
con guedejas de nieve.

(Acto segundo.)

Su agilidad y precisión evocadora hieren más sensible-
mente nuestra imaginación que los diseños más geniales.
Para trazar un paralelo entre animales y defectos, cierto
Duque amenaza en *Amigos enojados y verdadera amistad*:

Quiero abrasar en tu seno
los animales que el daño
causan al bien por quien peno:
la culebra del engaño,
la víbora del veneno,
el león de la arrogancia,
el tigre de la malicia,
el áspid de la inconstancia,
el lobo de la codicia
y el oso de la ignorancia.

(Jornada tercera.)

En cambio, en *El mejor maestro el tiempo*, compara
Otón virtudes y sentimientos con flores:

No podréis pensar en flor
que no salga a recibirnos:
los narcisos, con suspiros;
los adonis, con amor;
el alhelí, con firmeza;
el azar, con su blancura;

la rosa, con su hermosura ;
el lirio, con su tristeza ;
con su desesperación,
la retama, aunque la pierde,
y con su esperanza verde,
el toronjil y el limón.

(Acto segundo.)

Y sabe matizar Don Pedro los reflejos de una fuente, en
El Mérito en la templanza y ventura por el sueño:

¡Qué puramente sonora
pinta el cielo arrebolado ;
parece que se ha bañado
en sus cristales la aurora!

(Jornada segunda.)

Y sabe decir cierto Conde de las olas, en *Amistad y obligación*:

Pienso que en esta quinta
a quien el mar con muros de diamante...

(Acto primero.)

Y sabe sintetizar, en una sola frase de *Argel fingido y renegado de amor*, la descripción del tajo interminable abierto en las superficies de los mares por la quilla de un barco:

LIVIO.
rompiendo el arco de plata.

(Acto segundo.)

Y sabe, por último, encerrar en dos versos de *El Abanillo* todo un poema heroico de la navegación, diciendo Fabio:

Al gran teatro
sale del mar extendido,
donde recitan tragedias
representantes navíos.

(Jornada segunda.)

Su fecundidad en la comparación y en el epíteto es tan asombrosa cuando establece diversidad de semejanzas, como cuando sintetiza. Así, multiplica sus facetas Tarife, al declarar en *El Alcaide de Madrid*:

Del modo que suele estar
junto al imán el acero,
el ánade junto al mar
y el ladrón junto al dinero,
la hambre junto al manjar,
el sediento con la fuente,
con la leche la serpiente,
junto a la colmena el oso,
a la sospecha el celoso
y con la carta el ausente,
la injuria con el poder,
los lebreles junto al pan,
el esquitar y el perder,
así seguros están
el hombre con la mujer;

(Jornada tercera.)

o las reduce a una sola cara, cuando teme Ordoño en *Bernardo del Carpio*:

si el Papa, que es vicediós
del suelo, no lo remedia;

(Acto primero.)

o cuando exclama Penuria en *El Casamiento por Cristo*:

capítulo de alcahuetas,
vicedemonios las llamo.

(Acto tercero.)

Sus recursos para enfrentarse con los temas espinosos son también inagotables. Sirva de vigoroso ejemplo esta frase de Guzmán en *El Amante agradecido*:

será una mujer de amor
de las que nunca le tienen;

(Acto primero.)

y estas otras de Albano, en *Nadie se conoce*, al aludir a las debilidades pasionales de la vejez:

De que es fuego se te acuerde
amor, y así viene a ser
más puesto en razón arder
el leño seco que el verde.

(Acto segundo.)

Su lápiz mágico puede trazar un apunte acabado sin más que cuatro líneas, y, si en ocasiones faltan palabras para expresar una idea, siempre sabrá suplir con ventaja la Palabra, dueña de todas, a sus hijas ausentes. Esto sucede cuando, para referirse a la muerte, nos dice César, en *Alejandro el Segundo*, que “ya hizo pausa el cuerpo” (jornada segunda); o cuando, en *Nadie se conoce*, llama el Rey “fiscal de los señores” a la apoplejía (acto tercero); cuando Lupercio asegura, en *El Desposorio encubierto*, que la contrición

es moneda de un metal
en desengaños batido,

(Acto tercero.)

o cuando debilita Gardiloro el brillo de la esperanza, en
La Divina vencedora, con una confesión de recelo:

Puse bien mis esperanzas;
pero son vientos que suelen
sacar del puerto al navío
y en el golfo deshacerle.

(Jornada segunda.)

A veces, abandona la Palabra esta elevada dignidad de su misión. Como si se sintiese fatigada de su abrumadora tarea, se despoja de la sagrada toga que caracteriza su doctoral oficio, y acude a distraerse y a bromear. Entonces se vuelve retozona, infantil e inocente; pierde su seriedad, y entretiene sus ocios en juegos y pasatiempos de risa, como deseosa de hacerse perdonar las muchas ocasiones en que mueve al llanto. Entre tales juegos de palabras, muchos son meros malabarismos de acepciones. Mil vocablos sirven las necesidades de dichos esparcimientos, con la flexibilidad de buenos artistas que representan distintos papeles en la misma comedia. En *El Valiente Juan de Heredia*, discurre Ana:

respondíle con los ojos,
pero como niñas tienen,
debieron de hablarle mucho
que él entendió sutilmente.
¿Cuándo niñas no dijeron
más que les preguntan siempre?

(Acto segundo.)

En *Los Esclavos libres*, explica Lucinda:

mira que sus niñas bellas
como niñas me han hablado.

(Acto segundo.)

La misma dama, en la misma comedia:

Anda mi bien, que ya sé
que eres el moro en que moro!

(Acto segundo.)

En *El Leal criado*, Serafina:

Si en mi vida no doy corte,
es porque el cielo no corta
una vida que me importa
para volverme a la corte.

(Acto tercero.)

En *Más valéis vos, Antona, que la corte toda*, Nuño:

Vine a tratarlo y acaso
te vi, y acaso te hablé,
y en fin este caso fué
caso porque no me caso.

(Jornada segunda.)

Y en *La Gallarda toledana*, Estacio:

Bien dijo: hazaña es casar.
Casar un lugar se llama,
donde un discreto de fama
que le pudiera nombrar,
este equívoco escribió:

“Quien pasa por el Casar,
por todo puede pasar.”

(Acto primero.)

Otras veces, unas palabras que, separadas, tienen distinta significación. En *Amigos enojados y verdadera amistad*, aclara Camila:

llamarse el enojo, enojo,
es porque en el ojo está.

(Jornada segunda.)

Y en *Ello dirá*, pregunta Octavia:

¿Tu nombre?

y responde Marcela:

El medio se lleva
la mar, y la otra mitad
quien ama, pues es verdad
que cela, con que se prueba
que es Marcela el nombre mío.

(Acto primero.)

En otros casos, el juego consiste en alterar o suprimir letras de las voces, como quien, para embromar, cubre una misma cara con distintas caretas. En *El Príncipe melancólico*, Leónido nos dice:

que nunca jamás creyera
veros con hacha de cera,
sino con hacha de acero.

(Jornada primera.)

Y Alberto, en *El Rey por semejanza*:

El príncipe, señor, ama
a una dama en tu palacio,
que una letra hay de ama a dama.

(Acto tercero.)

Y un ventero, en *El Valiente Juan de Heredia*:

Dejemos los remoquetes
o, ¡por Dios!, que dejaré
los remoquetes sin re
y serán para él moquetes.

(Acto segundo.)

Y Lucrecia, en *La Cortesía de España*:

Pero de la selva un Silva
me libró, para que veas
que hay armas para las almas
y hay Silvas para las selvas.

(Acto tercero.)

Todos estos ilusionismos de la Palabra son travesuras que nos distraen y retozos que nos alegran, chispas luminosas de su castillo de fuego y surtidores caprichosos de su fuente artificial, que imantan nuestros sentidos y regocijan nuestras horas con la ligereza de sus movimientos y el brillo de sus veleidades. Por su fascinación y su riqueza, se ofrece a nuestros ojos la obra de Lope con todos los atractivos de un jardín encantado, en cuyas bellas perspectivas salta, rebota y centellea la Palabra como volatinera del espíritu.

En *El Príncipe melancólico* propone un Conde:

Y vámonos a mi cuarto
o a mis dos maravedís.

(Jornada tercera.)

En *La Mayor corona*, protesta Cardillo, con sal acaso demasiado gruesa:

¿Yo arriano, y más sabiendo
que en Arrio, señor, hallaron
su origen los arrieros?

(Acto segundo.)

En *El Casamiento por Cristo*, afirma Penuria:

uno de los doce Pares
que fueran nones sin él

(Acto segundo.)

En *El Gran Capitán*, pregunta el Rey:

¿Vos sois aquel sonado?

y responde García:

No sé si soy sonado o soy mocososo.

(Jornada tercera.)

En *La Escolástica celosa*, lamenta Tebandra:

Dícenme que es un soldado;
bien quebrado es para mí,
pues el honor que perdí
no espero verle soldado.

(Jornada primera.)

Y en *El Desconfiado*, comenta Pedro:

Aunque, por ser contrahecho,
conozco cierto letrado
que, con haber estudiado,
no vuelve por su derecho.

(Acto segundo.)

Por último, entre tantos donosos juegos, también tiene plaza el de las siglas. Baste como ejemplo uno que nos ofrece *La Adversa fortuna de Don Bernardo de Cabrera*, por boca de Violante:

Dijo una sabia mujer
que en un marido ha de haber
cuatro *ces*, si bien me acuerdo:
casero, callado y cuerdo
y continente ha de ser.
Y en el amante perfeto,
que a su dama no hace agravio,
cuatro *eses*, que es: secreto,
solo, solícito y sabio
tiene de ser, en efeto.
Y con razón he argüído
que si el ingrato Almirante
esta noche no ha tenido
las cuatro letras de amante,
no tendrá las de marido.

(Jornada primera.)

La Palabra es un manantial de piedras preciosas que brota de los labios del hombre. Pero, además, en su poderosa eficacia, es la fiera que devora y el microbio que acecha; la llama que prende y el chaparrón que apaga; el humo que asfixia y el aroma que despierta; el arado que labra y

la semilla que produce; el abono que fecunda y la nube que aniquila; el clarín que convoca y la rudeza que repele; el águila que se remonta y el reptil que se arrastra; el soplo poderoso del genio y la lámpara votiva, que arde sin consumirse ante su Creador. Por eso, es humilde sierva que acude a todos los llamamientos afectivos del corazón y responde a todos los designios de la inteligencia. Por eso, es voz delicada de ternuras o ronco bramido de desafueros; flor alada de requiebros o flecha envenenada de diatribas; música que deleita o algarabía que aturde; amiga que alienta o enemiga que traiciona; consejera que dirige o sílfide que alucina; maestra que instruye o compañera que pervierte. Por eso, es ligera como el aire y grave como todo cuerpo, inquieta como el azogue y reposada como el aceite, dura como el diamante y blanda como la cera, agria como el limón y dulce como la zarzamora, áspera como la ortiga y suave como un capullo, fría como la escarcha y abrasadora como un rayo de sol. Por eso se humilla y se yergue, separa y une, razona y desvaría, oscurece y aclara, hiere y cura, mata y resucita, edifica y destruye, pregona, pinta, esculpe, labra, moldea, borda, somete, atrae, subyuga y asombra con la deliciosa brujería de su decir excelso, que sabe abarcar la universalidad de los mundos y encerrarse, a la vez, en un átomo, de tal manera que todo cabe en ella y ella no cabe en sí misma. Ella puede cantar las mayores grandezas y es impotente para cantar su grandeza propia. Ved los esfuerzos que realiza inútilmente, desde hace una hora, para lograrlo. Avanza por un camino; retrocede para tomar otro; se supera, se multiplica, se inflama, pero resulta siempre pálida y fría, cuando quiere describir sus propias excelencias. ¡Qué torneo ineficaz el celebrado por sus variadas formas! ¡Qué danza estéril la de sus innúmeras modalidades! ¡Cuántas

espigas de vocablos que se desgranán, sin acertar entre todas a componer la Oración a la Palabra concebida en mi mente! Y es así, porque su sello divino encierra un arcano superior a la Naturaleza y a las posibilidades humanas. Nosotros somos, únicamente, vientres que alumbran palabras; no alcanzamos la gloria de ser padres de la Palabra, que sólo quiere ser hija de Dios. Pero seamos, al menos, como madres amorosas, y tratémosla de manera que nunca tengamos que maldecir a los oradores y envidiar a los mudos. Pensemos que si la Palabra degenera, degenera también el país donde tan gran desgracia sucede. Pensemos que la Palabra degenerada es como un vino que se echa a perder. Pensemos que las palabras son relicarios de oro y pedrería o pucheros de barro, según lo que contienen. Meditemos que la Palabra es el verbo en la trinidad de nuestro espíritu. Recordemos que los hombres antiguos, asombrados de su poder, le atribuyeron ilimitada potestad hasta sobre los mismos dioses, en el mito encubierto de la magia. Evoquemos en nuestro espíritu la memoria de aquella Palabra que sirvió al Divino Maestro para resucitar a los difuntos. Renovemos, sobre todo, la convicción de que la inmensidad del Universo, con sus miríadas de astros y de seres, y de maravillas, nació de otra sola Palabra, pronunciada por el Creador; y entonces acertaremos a comprender lo que no alcanzamos a describir, y sabremos leer lo que no podemos deletrear.

Sea, pues, un punto final de silencio elocuente mi mejor homenaje a la Palabra. Cierto que nadie como ella se ve siembre de *boca en boca* y *en lenguas de todos*; pero ya que a tales extremos de humildad se halla reducida en nuestros labios, sean al menos los míos tan devotos para con ella como su magnificencia lo pide. Quisiera no emplear nunca,

de hoy en adelante, sino palabras santas, sobrias, castellanas y oportunas; santas sobre todo, y entre ellas he de pronunciar una como remate de mi fracasada oración. Aquella que dice: "termino", para que todos vengáis a confirmar: "santa palabra".

CONTESTACION
DEL
EXCMO. SR. D. ARMANDO COTARELO VALLEDOR

de hoy en adelante, sus palabras serán las que
deben servir de guía y no las de los otros y en
su caso, para que se pueda dar un juicio
correcto a las cosas que se dicen y se hacen.

CONTESTACION

— 56 —

EXCMO. SR. D. ARMANDO GONZALEZ VALLEJO

SEÑORES ACADÉMICOS:

Santas serán también las primeras de mis labios como palabras de bienvenida. Llegue en buenhora D. Luis Martínez Kleiser a esta Real Academia, cuya entrada tiene entreabierta desde hace ya más de quince años. Y llegue sin rubor, entonando versos como Tespis en triunfal carreta, vestido y coronado de hojas y racimos en los propios parrales vendimiados; pues si en aquel entonces tantos expertos catadores los hallaron en sazón y copia harto abundante, mejor los juzgaremos al presente, que la vid continuó fructificando, y si el tiempo purifica los vinos generosos, más añejo se nos brinda ahora, casi doble, que el *nonum superantis annum* con que Horacio cortejaba a Filis en el día de los idus abrileños.

No se hizo, no, la holganza para Martínez Kleiser, y lejos de endurecer tan larga espera en la pasividad de soñolientos ocios, perseveró al pie del yunque productivo, no para forjar espadas o puñales, mal habidos con la placidez de su arte, sino para labrar el duradero encaje, la rejería laceada con que gusta resguardar el santuario de los "hondos sentires" y su "llama". Y así, tras silencioso laborar no interrumpido, más de gnomo que de cíclope, comparece otra vez ante nosotros con la ofrenda de cuarenta y seis obras

diferentes en la artesanía de su alma y de su estudio trabajadas.

Las hay en prosa, las hay en verso, pero todas son de poesía, porque Kleiser es siempre poeta. Novela, lírica, teatro, erudición, paremiología, historia... ningún género halló hostil nuestro novel colega, y en todos logró tejer placenteros tapices de alto lizo, y todos supo iluminarlos con poéticos destellos y cambiantes. Mas con ser tantas y tan diversas, hay, empero, un denominador común que las enlaza: el buen gusto, supremo criterio estético sin el cual no cabe posibilidad de arte. Antorcha y tamiz, rienda y espuela, vigía insomne avisador de escollos y resacas, interno juez de perentorios fallos. Gusto, buen gusto para percibir; gusto, buen gusto para ejecutar; ambas modalidades de uno mismo, congénito, espontáneo, que afinará la educación, acaso, como a toda facultad humana; pero que ningún estudio suplir puede en el pecho donde el cielo no lo haya sementado.

Pues todos tenemos nuestro gusto, mas no todos lo tenemos bueno. Dicen de Ateas, rey de los escitas, que prefería los relinchos de un caballo a los acentos del cantor Ismenias; pero dicen también cómo, en hora de muerte, Alonso Cano apartó sus ojos ya vidriados del mal hecho crucifijo que el confesor le presentaba. Creemos que el recipiendario paladeará, sin duda, con deleite los pasos y mudanzas de una voz dulce por arte sabio gobernada y que, aun no siéndole precisas, para orar prefiera imágenes de buena mano.

Alertado, pues, Martínez Kleiser por su buen gusto innato, discretará en justeza las floridas praderas de lo bello de los páramos adustos de lo feo, cerniendo y sopesando las impresiones receptoras, que no todo ofrece igual valencia artística y cabe y aun debe autoanalizarse y expresarse.

cuanto de fuera recibimos, así del mundo externo como del interno, de la subconsciencia y de la cenestesia, que todo, al fin, como exterior resulta para el sensorio estético.

Y arregostado del jugo de muchas y selectas lecturas, colmado el pecho de sensaciones escogidas, siempre con su buen gusto en centinela, escribe esas páginas hidalgas que le honran, ricas de dicción, correctas de frase, fluyentes de estilo, plácidas, entonadas, armoniosas. *Passibus aequis*, escuchando el musitar de voces viejas, a la moda española, supo y pudo labrar su capullo literario con finas hebras de la seda clásica y crear un arte terso, de selección, ecuánime, sin esquinas ni oquedades, pintado de reflejos dulces, como pulido estuche de marfil y nácar.

Con lo cual y por su respeto hacia las tradiciones, por su visible inquietud del bien decir y la sentida ponderación de la frase, cabe denominar a Kleiser pre-académico, o académico en pronóstico, esto es, académico ya antes de que nuestros votos le trajesen a esta casa.

Si el fin del arte tira a producir emociones y son sus obras retazos de realidad interpretados por un temperamento, acercaos sin temor a las de este artista, bien seguros de que nunca os flagelarán con imprevistos aletazos ni os solicitarán con escenarios truculentos, que la elegancia sensorial y constructiva del poeta rehuye por instinto la violencia.

Mas no se haya de entender por ello sea el de Kleiser arte fofo y sin envidia, mera forma o *flatus vocis*. Nunca vendría más de molde el manido tópico del lago falaz cuya espejante superficie encubre misterios de vida y misterios de muerte. Muerte y vida, risas y llantos hay, pues son humanas, en sus ficciones; pasión y sentimiento en sus versos, pues son líricos; pero no suelen borbotear tumultuosos y

jamás irrumpen con estruendo. Y así con esta superación de fondo, que diría un kantiano, rezumante bajo simplicidad aparente, se adentra nuestro autor más de una vez en lo grandioso. ¡Qué cosa tan sencilla, qué medios tan triviales, qué laconismo de palabras causan y cuentan la catástrofe (porque lo es, y terrible) con que la comedia *Niña Sol* se acaba!

Unamos a los refinamientos del buen gusto la amenidad por complemento. Sonrisa atrayente, aroma revolante con que el artista que lo es sahuma el trabajo para encanto de los contempladores por el ondulado movimiento de su atención sucesivamente simulada y que nace del ingenio y en la variedad encuentra su manifestación más propia. Abrid ese simpático volumen *Del siglo de los chisperos* y tardaréis en cerrarlo, embelesados por el gracioso mariposear del autor sobre materia tan prosaica como los descarnados anuncios del *Diario de Madrid*, que era un periódico de avisos.

Así en las páginas que habéis oído donde el nuevo académico rinde galana pleitesía, *propio more*, al don sin par del habla que hace al hombre rey y señor de lo creado. En las de Kleiser es la palabra un ser vivaz y consciente, como un duendecillo retozón que brinca, bulle, graceja, plañe y sonrío, conforme el escritor le juzga, le estudia, le adjetiva y, sobre todo, le mima y le acaricia. Pues ¿qué mucho que el artífice tenga amor a su herramienta?, y ¿cómo no loar a Salinas escribiendo de sonidos, a Céspedes ensalzando sus pinceles o a Sagredo tratando de plomada y cartabones?

El interés, cumbre de lo ameno y áurea excelencia de la obra artística, viene en especial del asunto y se acrecienta con la destreza en presentarlo. La amenidad recrea, el in-

terés subyuga; la amenidad es juego; el interés, trabajo; trabajo voluntario del espectador atento a quien no satisface casi nunca la nuda receptividad de la contemplación pasiva, antes gusta de intuir, suponer, completar, adelantarse, prestando así al autor cierta colaboración silente. Mas es preciso concederle margen para ello, que donde no la ve se aburre. No todo, por lo tanto, ha de ponerse o de decirse, pues la prolijidad resulta fatigosa y por eso feneció el detallismo, decantada faceta de los naturalistas de antaño. En la narrativa, sobre todo, la continencia es gala del narrador discreto. Mas ¿cómo atajar el hervor de la corriente? ¿Quién encontró los frenos del Pegaso? Así en el trato de los hombres como en el trato de las musas, saber callar se hace difícil, que se escurre la pluma cual la lengua y el borrar resulta hípido, siendo pocos los "heautontimorúmenos" propietarios que tengan el valor de cercenarse a sí mismos.

Martínez Kleiser no se pasa, que su buen gusto, como el ángel de Tobías, le sostiene, y pues dejan al lector gimnasio en que ensayar agilidad y destreza, resultan interesantes sus escritos, tanto los que por su cualidad lo piden, cuanto los que comopreciado adorno lo sustentan. A *La villa de Villagrana de Zumaya*, encantadora monografía topográfica, a la *Guía de Madrid para el año 1656*, comentario erudito a las perspectivas callejeras de Tejeira, y a *Otro Gran Capitán de nuestro imperio* aludo, y con sólo aludirlas lo compruebo.

Elegancia, amenidad, interés, preases eternas de las buenas letras, relucen en las obras del recipiendario, pero con especialidad en sus versos, cual trama más propicia a las delicadezas del bordado.

Versos gráciles, limpios, sustanciosos, versos nimbados

de cadencia tierna, como de quien con musical oído los escucha cuando en silencio brotan de su alma; trovas de heráldico abolengo por castellano menester rimadas; sones de lira noble e impoluta, jamás rendida a peligrosas novedades traspireónicas, fugaces como lo anormal, infecundas como lo monstruoso y que cuando no encubren ignorancia, delatan desbordadas impaciencias de notoriedad ruidosa aun en brazos de lo extravagante. No, no ha precisado Martínez Kleiser tan bastardos asideros para subir, llegar e imponerse, que de ellos le preservaba su buen gusto y para ello le sobraba mérito.

Rodríguez Marín lo nota: campa en estas poesías envidiable soltura en todos metros, tanto en los cortos españoles populares cuanto en los largos de exótica progenie, sobresaliendo la adiestrada pluma en el rasgueo de los difíciles sonetos, y, bañadas por cierto templado preciosismo cuyos gérmenes podrán buscarse en el siglo XVIII, triunfan por la corrección y el sentimiento y, pues son del autor, por el buen sentido y el buen gusto. Recógenlas las antologías sin fatiga, ya que cual flores en huerto abrioleño, ellas mismas se vienen a las manos.

Virtud es del poeta animar lo inanimado y prestar vida a lo inerte. Abrázase en amor a la naturaleza toda y al fuego de este amor todo vibra y se exalta. ¡Maravillosa taumaturgia que puebla los montes, los aires y las aguas de un fantástico mundo ilusorio sensible a los privilegiados! Kleiser, como poeta, descubre y siente el alma de las cosas, díganlo *La Semana Santa en Sevilla*, *Almas y tierras de América*, *Emocionario de Oviedo*, y en este renglón exigen particular capítulo sus importantes trabajos relativos a la comarca conquense.

Fuera de otros más recónditos, Baltasar Porreño, Már-

tir Rizo, González Dávila, Ponz, Caballero, Muñoz Soliva, Larrañaga, González Palencia y el peregrino Solera Reinoso en su casi mítico *Poliencomio*, disertaron ampliamente sobre “las bellezas naturales y las grandezas históricas de Cuenca”, mas nadie mejor que Kleiser logró captar su espíritu ni nadie con más unción pudo expresarlo, ni aun las páginas magistrales de Quadrado, donde la profundidad de la doctrina y las galanías del hablar se conciertan por modo insuperable.

Seis contribuciones, a lo menos, libros, guías, conferencias y discursos, dedica nuestro académico a la austera hermosura, rancia y recia, de aquella tierra bien querida, y por ellos van pasando, estampas sugerentes, las maravillas de la acrópolis urbana, de los monumentos asurcanos, de las linfas puras del Huécar, de los roquedos que le encuadran, de las mesetas que lo engendran y del museo sin par de la erosión aérea dicho, en antonomasia, la Ciudad encantada. Mas donde lo emocional de la hipotíposis culmina con altos mereceres es en la novela poemática *Los hijos de la hoz*, en que el autor dibuja, poniendo tanto propio, el sencillo vivir en la serranía de Cuenca al flavo resplandor de una demente, misteriosa y trágica. De esta obra escribe su prologo, nuestro inolvidable compañero el doctor Cortezo: “El libro de Kleiser constituye una novela modelo de estilo literario, de construcción sintáctica, de interés dramático, de vigoroso colorido y de riqueza folklórica; pero, además, entraña, como inspirado poema conquense que es, un estímulo de patriotismo que encierra la verdadera trascendencia espiritual de una obra que no exagero al calificarla simultáneamente de actualidad y de época.”

¡Cuánto así podría decirse de los demás escritos de Martínez Kleiser! Del autor (bien lo sabéis todos), que es un

caballero español: un caballero español con cuantas preeminencias significan estas dos palabras también santas; el caballero de la mano en el pecho, de la mano señorial con que reprime las generosas palpitaciones del pecho siempre lleno de los más nobles ideales de la patria, que ha expuesto y defendido en la tribuna y en la prensa, en el libro y en el coloquio, y por los cuales, adalid confeso y profeso, luchará mientras aliente.

Señores Académicos: que este día, piedra blanca para la vida de Martínez Kleiser, sea también de contentamiento entre nosotros, pues en plenaria concordia con nuestros estatutos, un caballero poeta español ingresa en la Academia Española.

